

CONSTANCIO LA ROSA

ADMINISTRADOR

San Juan, número 11.

VENTA ÚNICA DE EL MUNDO

EL MUNDO

LUIS BELINCHÓN

GERENTE

Toda la correspondencia al Administrador.

San Juan, núm. 11

COTIZACIÓN OFICIAL

Amortizable, 5 por 100... 100,86 Exterior... 93,82 Interior... 96,20 Francos... 7,45

PERIÓDICO REGIONALISTA

Precios de suscripción.

Capital: un mes... 0,50 peseta. Provincias: trimestre... 1,50

OTRA CARTA

El ilustre hombre público, D. Eduardo Dato, nos ha dispensado el honor de dirigirnos la carta que á continuación publicamos con el mismo objeto que las de los señores Maura, Cierva y Conde de San Luis.

Madrid 10-11-910.

Sr. D. Francisco Martínez Contreras y demás señores firmantes de la carta del 4.

Mis distinguidos amigos: Plácemes y muy sinceros merece la feliz iniciativa, tomada por Uds., de publicar un periódico dedicado á la propaganda y defensa de los ideales del partido Liberal-Conservador y á contrarrestar las campañas perturbadoras que ciertos elementos de opinión vienen haciendo, con agravio de intereses morales y materiales tan dignos del mayor respeto.

Deseo á la naciente publicación de esa culta Ciudad, larga y próspera vida, y reciban Uds. con mi adhesión más completa la seguridad de que es muy de Uds. afectísimo amigo y s. s. q. l. b. l. m.—E. Dato.

Creyentes y excépticos

Los convencionalismos de la política al uso, llevados á todos los órdenes y esferas de la vida nacional; el nepotismo absorbente y corruptor á que se han rendido la mayor parte de los oligarcas políticos, y un centralismo ciego, brutal, contrario á las más elementales conveniencias públicas, constituyen hoy la única fuerza que moralmente autoriza las predicaciones de los partidos extremos.

Radicales de la derecha y radicales de la izquierda truenan contra la organización actual, agudizando el sentido de sus propagandas perturbadoras y disolventes, á la misma hora en que, por lenidades y tolerancias de una política equivocada y en cierto modo anárquica, unos y otros conviven con el régimen, explotan y exageran sus vicios y no hay provecho en que no lleven su mejor parte, todo ello con notorio y sensible agravio de las esencias constitucionales.

La gran farsa radical que en estos momentos se está representando, tiene por principal elemento auxiliar, la omisión voluntaria del poder público, que conscientemente deja de actuar allí donde esos elementos que se llaman revolucionarios, desatan sus lenguas, única arma de que disponen, y despotrican contra él y contra el único partido de gobierno serio que existe, muy seguros de su bien probada impunidad.

En relación con esos convencionalismos que consenten á los ministros del rey relacionarse á toda hora con los más fieros revolucionarios, sirviendo sus intereses políticos, el nepotismo absorbente y corruptor de nuestros hombres públicos, alcanza proporciones y está produciendo efectos verdaderamente desconcertadores.

Hijos, yernos, hermanos, sobrinos, nietos, cuñados, primos y parientes de personajes y señoras de personajes, usufructúan hoy el patrimonio nacional, haciendo, en muchos casos, ostensible alarde de la indelicadeza social y política que todo ello representa.

Es verdad que otro tanto puede decirse y se dice de los republicanos, muchos de los cuales se abstienen por ello de censurar á los monárquicos; pero el mal existe y adquiere proporciones singularmente nocivas para el

régimen, atribuyéndole todos estos milagros que una política contraria á su más fundamental conveniencia, va incorporando á la vida y al presupuesto del Estado.

Pero con ser todo ello funesto y perjudicial á los fines del régimen monárquico, lo es infinitamente más ese centralismo absurdo que sirve de eje á toda la política española.

Los gobiernos civiles, las delegaciones de Hacienda, las jefaturas de Obras y montes públicos, las Juntas provinciales de Beneficencia y Enseñanza, los Institutos, las Escuelas normales y todo centro oficial, son en las capitales de provincia, dependencias más ó menos modestas, según el local en que están instaladas, organismos sin iniciativas propias, sin el menor signo de autonomía administrativa, sin facultad de ningún género, y lo que es peor, con una sumisión incondicional, y en muchos casos bochornosa, hasta de sus funciones regladas al poder central.

En ninguna de esas oficinas encuentran los ciudadanos funcionarios autorizados, por muy idóneos y aptos que sean, para resolver ejecutivamente cuestiones que afecten á sus derechos é intereses.

Cuando no es el Real decreto que abusiva ó arbitrariamente modifica ó anula la ley, en una Real orden, una circular, un simple telegrama de Madrid, el que marca un criterio nuevo, impone una solución absurda ó contraria á lo legalmente estatuido.

Este es nuestro régimen político que á las provincias y á los Municipios, llega triunfante y avasallador, exento de toda consideración para el contribuyente y de todo beneficio para la colectividad.

Y siendo esto así, forzoso es que trabajemos todos porque esos males desaparezcan, oponiendo á las estridencias radicales de los excépticos las estridencias serenas de los creyentes, ya que, después de todo, en política, como en religión, la fuerza está de parte de los segundos.

Por esto precisamente tenemos fe en nuestro regionalismo, fundamentalmente incompatible con todo eso que censuramos.

Bien se nos alcanza que hemos de tropezar con dificultades para hacer entender á las gentes el deber que tienen de colaborar en esta gran obra de regeneración y de paz social; pero el lenguaje de la verdad y de la sinceridad, puesto al servicio de esta santa causa, tiene, como ningún otro, la virtud de persuadir y convencer, cosas absolutamente indispensables para triunfar.

LOS MONSTRUOS MODERNOS

En el reino animal son tan pocos, que pueden contarse con los dedos; restos de una fauna que se extinguió para no volver, pues parece que la Naturaleza se complace en reducir las formas vivas, haciendo que la fuerza física pase á lugar secundario en beneficio de la intelectual. Y fuera del reino animal, precisa recurrir al producto de la inteligencia humana, si alcanzamos ver alguna representación de lo que se entiende por monstruos de fuerza.

Cual si quisiéramos soaparar las fuerzas que la Naturaleza prodiga vanamente, y sin aprovechamiento alguno para nuestras satisfacciones particulares, la Ciencia condensa sus esfuerzos en beneficio de los principios utilitarios y raro será el descubrimiento ó invención que no tienda á la mayor facilidad en la satisfacción de nuestras necesidades.

Y al cuanto decimos no estuviere en el ánimo de todos, bastará recordar un ejemplo bien patente: el de la evolución de las locomotoras. Quien por acción ó por necesidad

haya seguido la transformación sufrida de cien años á esta parte, por los que pudiéramos denominar mastodontes ferroviarios habrá podido ver cuán grande es la diferencia existente entre la casi infantil locomotora de Stephenson y las modernas máquinas Compound que, cual genios alados, consiguen poner en práctica un ideal, imposible al parecer, el de abichar la tierra.

Es necesario haber visto muy de cerca y comprender muy á las claras el admirable mecanismo de uno de esos lebreros para darse cuenta exacta del grado de perfección que significa alcanzar velocidades de cien kilómetros por hora, con trenes cuyo peso oscila entre doscientas y cuatrocientas toneladas.

Nuestras compañías ferrocarrileras, que por las condiciones propias de nuestra situación económica, no pueden ó no quieren equiparar el servicio de ferrocarriles españoles con el de los extranjeros, proporcionan el triste espectáculo del tren carreta, impropio de nuestros tiempos y verdadera demostración del atraso que en todos los órdenes en nuestra nación impora. No recuerdo qué político francés ha sido el que no muchos días ha nos puso en solfa con motivo del atraso en que vivimos y muy especialmente por lo que atañe á las deficiencias de ferrocarriles.

Todo cuanto venimos diciendo y que por cierto, parecerá fuera de lugar es la lógica consecuencia que se desprende, cuando se tiene en cuenta que la evolución mecánica progresiva intensísima en otros países, apenas si se deja sentir en el nuestro. Y repercutiendo en la vida general de la nación, la deficiencia apuntada ocasiona en el aspecto general de nuestras manifestaciones sociales un vetusto aspecto por demás criticable. Señalar males y no indicar remedios es vana faena, y poco amantes de este sistema, señalaremos uno de los últimos, que consiste en excitar las afecciones del público hacia el conocimiento de las leyes físicas y de los detalles técnicos que persiguen el funcionalismo de los que como ya hemos dicho pueden titulárseles mastodontes ferroviarios.

P.

PÁGINAS CLÁSICAS

LA ORATORIA

Es la oratoria un género literario de especialidad natural é inextinguible, sujeto á reglas y necesitado de procedimientos que no cuadran á las obras escritas, con las cuales se efectúa de modo muy diverso la comunicación entre el autor y su público. Trabaja el escritor á solas, y con ser cierto que las más veces omitiera escribir si no esperase hallar lectores, no le está vedado como al orador, antes suele serle recomendable, prescindir de ellos y engolfarse en las intimidades de su propio espíritu, para escudriñar los senos del pensamiento y derramar la savia del corazón en páginas que quedan concluidas y perfectas aunque las deje inéditas. El orador no puede serlo sin asociarse con su auditorio; necesita el circuito que transmite los efluvios del razonar y del sentir, disciplinando las ideas del común caudal, que se forma con lo suyo y con lo que aportan los oyentes, y sujetando á un sólo ritmo los latidos, mientras dura la acción de la palabra.

Certísimo es que un discurso después de pronunciado puede y suele ser impreso, y hallan en él solaz ó provecho lectores que no le oyeron; también acontece muy frecuentemente que los designios del orador se dilatan más allá del recinto, y atienden á gentes que no le escuchan; de lo uno y lo otro hay ejemplos insignes perpetuados en las colecciones que atesoran obras maestras de los

más famosos oradores; pero no se bota por esto la diversidad substancial entre arengas y escritos. Les será común el interés intrínseco del asunto, pues de ambas maneras puede ser tratado; conservará siempre la viveza de sus destellos el genio creador y soberano; pero si la lectura recae sobre el texto intacto de una oración, no renovará todos sus efectos palpitantes, y en no corta medida, los renunciará ó malogrará, el orador que intente hablar también para ausentes, si éstos han de conocer el discurso tal como lo pronuncia. La genuina, verdadera, única oratoria se ciñe á los oyentes y se atiene á laborar sobre ellos de viva voz.

Cabe trazar páginas que los contemporáneos no han de conocer, y que generaciones venideras tampoco estimarán, destinadas, no obstante, á poderosa influencia sobre otras gentes futuras; de tiempo en tiempo ganan auge y autoridad libros que estuvieron sepultados en secular olvido; muy al revés, el orador se propone conseguir en el instante mismo de su arenga todo el influjo sobre el auditorio. Más intensa, es mucho más restricta la eficacia de la palabra viva. El escritor no ha de curarse de la paciencia del lector, quien siempre puede cortar ó diferir la lectura; por esto al libro no le daña la prolijidad mientras no degeneren en redundancia; pero el clasico reloj de agua advertía al orador de la presteza con que disipa el contado caudal de la atención de sus oyentes, cuyas percepciones, auencias, repulsas, diversiones ó impacencias ha de sondar incesantemente; porque esa atención es el vaso donde vierte las esencias del alma propia, so pena de derramarlas y perderlas.

Cada libro por sí mismo forma y designa su público; ausente, fenecido ya el autor, léenlo aquellas gentes á quienes, por ser ella tal cual es, la obra interesa, adoctrina, conmueve ó deleita, de modo que, según sea el acierto de la pluma, así dilatará ó acortará su difusión, y correrá entre unas ú otras gentes, las que fueren adecuadas á la índole del escrito. Acontécese al orador lo contrario, porque su discurso tiene un público definido de antemano, sobre quien ha de actuar, eliminando para ello todo cuanto no conduzca al propósito, y valiéndose de medios apropiados singularmente á la condición, la cultura, las pasiones y aun el estado circunstancial de aquella única é insustituible concurrencia, á quien intenta convencer, persuadir, informar, conmover ó, por lo menos, entretener ó delatar.

A. Maura.

(Continuará.)

Juventud Conservadora canquense

Nuestros queridos compañeros de redacción D. José Ochoa, D. José Mantecón, D. Luis Belinchón y D. Miguel Resuño, han recibido el encargo de organizar la Juventud conservadora en nuestra provincia.

Las cualidades relevantes de estos cuatro distinguidos amigos, su entusiasmo y su decisión de trabajar sin descanso por el engrandecimiento del partido conservador, han hecho que, sin perder un sólo día, comiencen sus trabajos, y muy pronto se dirijan á todos los jóvenes canquenses que simpatizan con nuestras ideas para asociarse políticamente, á fin de constituir en breve aquella agrupación, que, puesta al habla con las demás de toda España, preste irremplazables servicios á nuestra región.

070